

RF-C/REA

D

61:92
1/13

SOLEMNE SESIÓN PÚBLICA

QUE LA

REAL ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA DE BARCELONA

CELEBRÓ EL DÍA 30 DE DICIEMBRE DE 1900

PARA HONRAR LA MEMORIA

DEL

Dr. D. Francisco Salvá y Campillo

DISCURSOS QUE LEYERON EN DICHA SESIÓN

LOS

DRES. ESCRICHE, ROBERT Y COMENGE

Publicase por acuerdo de la Academia



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL SUCESOR DE F. SÁNCHEZ

PASEO SAN JUAN, 144.— TELÉFONO NÚMERO 1.190

1901

178



JULIO
1901

62-80-5

SESIÓN PÚBLICA DE HOMENAJE

AL

Dr. D. Francisco Salvá y Campillo

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA



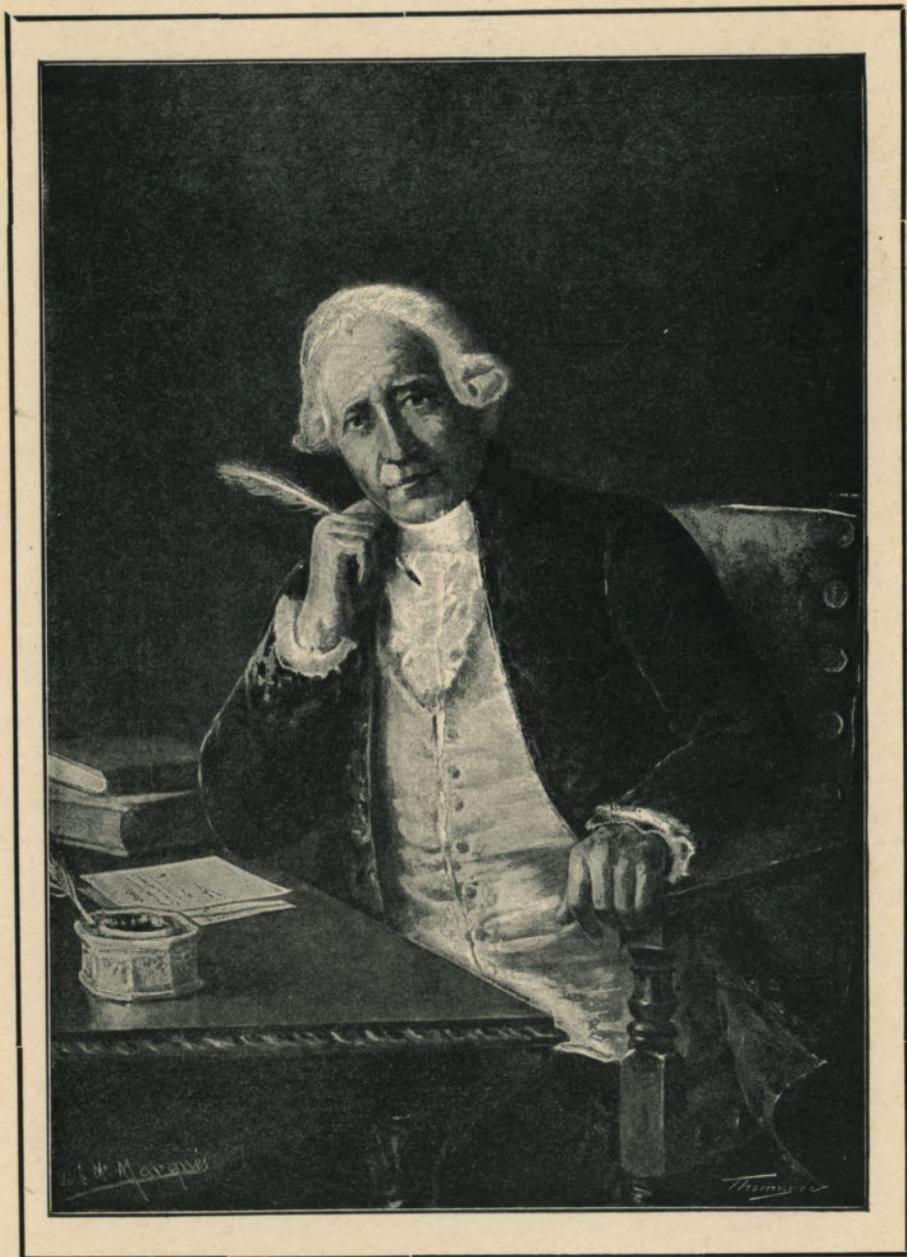
0700679285

SESION PÚBLICA DE HOMENAJE

al

Dr. D. Francisco Solís y Compañía





Dr. D. Francisco Salvá y Campillo.

N. 1751.

† 1828

SOLEMNE SESIÓN PÚBLICA

QUE LA

REAL ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA
DE BARCELONA

CELEBRÓ EL DÍA 30 DE DICIEMBRE DE 1900

PARA HONRAR LA MEMORIA

DEL

Dr. D. Francisco Salvá y Campillo

DISCURSOS QUE LEYERON EN DICHA SESIÓN

LOS

DRES. ESCRICHE, ROBERT Y COMENGE

Publicase por acuerdo de la Academia



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL SUCESOR DE F. SÁNCHEZ

PASEO SAN JUAN, 144.— TELÉFONO NÚMERO 1.190

1901



R.184.317

REAL ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUJIA

COMUNICACION

DE LA ACADEMIA

DE 18 DE ABRIL DE 1884



La publicación de las Memorias y demás escritos hecha por acuerdo de la Academia, no supondrá que ésta acepte ni prohija las opiniones que contuvieren, las cuales seguirán perteneciendo exclusivamente a los autores de aquéllos, aun cuando las doctrinas de su contexto se conformaren con las de la Corporación.

Este artículo se transcribirá en la anteportada de toda Memoria que por acuerdo de la Academia se publicare.

(Artículo 37 del Reglamento.)



ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DEL SENADO DE V. CASTELLANOS
CALLE DE SAN JUAN, 141 - MADRID

ACTA DE LA SESIÓN



El día 30 de Diciembre de 1900, á las nueve de la noche, bajo la Presidencia del Dr. Cardenal y asistiendo al acto señores representantes del Claustro Universitario, del Colegio de Medicina, de la Real Academia de Ciencias y de muchas Academias y Corporaciones médicas, científicas y literarias de Barcelona, Académicos de número y correspondientes, profesores y alumnos de Medicina y algunas señoras; se abrió la sesión, manifestando el Sr. Presidente en breves frases el objeto de la misma.

El infrascrito Secretario leyó los acuerdos tomados por la Corporación en sesión del 2 de Julio de 1900, respecto á tributar un homenaje al eximio académico Dr. Salvá, antes de terminar el siglo en que falleciera el ilustre patricio y venerable médico á quien tanto prestigio debió la Academia en los albores de su creación, recordando que en 1791 fundó un premio (Premio de Epidemias), que todavía rige en los concursos anuales. Añadió que el homenaje acordado consiste: 1.º En inaugurar su retrato destinado á figurar para siempre en nuestro Salón de sesiones al lado de la efigie del alienista-literato Dr. Pí y Molist y cercano al corazón incorrupto del Dr. Nadal y Lacaba, aquel académico que en 1854 ordenó que, después de muerto, su corazón se guardase aquí, testigo perenne de lo mucho que amó á la Corporación de la cual fué Presidente. 2.º En leer tres discursos dedicados á enaltecer á Salvá

como físico é inventor, como maestro de clínica y como influyente en la evolución de la Medicina patria; discursos encargados respectivamente por la Corporación á un miembro de la Real Academia de Ciencias Naturales, á un catedrático de la Facultad de Medicina y á un numerario de la presente Academia.

Acto continuo el Dr. Cardenal descubrió el retrato de Salvá, colocado bajo el dosel presidencial. Pintado al óleo por el reputado artista D. José M.^a Marqués, representa á Salvá, tamaño natural, vestido á la usanza de la época de Carlos IV, sentado ante su escritorio y en actitud pensadora, destacándose en su faz enérgica, la mirada viva del hombre filósofo y observador. El cuadro del Sr. Marqués mereció los plácemes de toda la concurrencia.

Con la venia del Sr. Presidente, empezó la lectura de su discurso el Sr. D. Tomás Escriche, Catedrático de Física del Instituto, delegado por la Real Academia de Ciencias, ocupándose de Salvá *como físico é inventor*.

Acto continuo, el Dr. Robert leyó su trabajo, en el cual Salvá está perfectamente descrito y comentado como *Maestro de Clínica*.

Finalmente, el Dr. Comenge leyó un erudito discurso titulado «*Influencia de Salvá en la evolución de la Medicina.*»

Los tres discursos fueron aplaudidísimos.

El Sr. Presidente, después de felicitar á los Sres. Académicos y al Sr. Marqués, que tan valiosamente habían contribuído á pagar esta deuda de consideración y estima que la Academia tenía con su antiguo é ilustre miembro, dió las gracias á todos los señores presentes al acto y levantó la sesión.

Barcelona 30 de Diciembre de 1900.

V.º B.º

EL VICEPRESIDENTE,

Salvador Cardenal.

EL SECRETARIO PERPETUO,

Luis Suñé.

Salvá como físico é inventor



DISCURSO

LEÍDO POR EL

Sr. D. TOMÁS ESCRICHE

INDIVIDUO DE NÚMEPO

DE LA

Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona,

CATEDRÁTICO DE FÍSICA Y QUÍMICA

en el

Instituto de 2.^a enseñanza de Barcelona.



Señores:



Se evocar con cariñoso respeto la memoria de los que nos precedieron, siempre y en todos los países cultos se ha considerado como costumbre digna de encomio y de loor, preciso es convenir en que lo es con especialidad cuando el predecesor á quien se honra fué un varón ilustre y los que festejan su recuerdo han menester ejemplos con qué reconfortar su espíritu. No son los actos como el que hoy nos reúne en este recinto del trabajo y la meditación, meros pasatiempos; ni se pueden comparar los elogios que en los momentos de nuestra terrible decadencia tributamos á los grandes hombres que ennoblecieron nuestra patria, con los vanidosos alardes que de sus nobles antepasados hacen á veces familias desgraciadas que vinieron á menos por sus prodigalidades y desgobierno, y acaso también por las humanas injusticias. Sin darnos tal vez cuenta de ello, buscamos instintivamente en los actos de nuestros grandes hombres pasados, lecciones provechosas y enérgico acicate para salir de nuestra pequeñez presente.

No quiero con estas palabras decir que, al enaltecer á nuestras eminencias de otros tiempos, nos guíe un fin precisamente utilitario; antes bien, me parece sentir que obedecemos en primer término á un espontáneo desahogo del corazón que, acongojado por tan continuos reveses y por la desconsideración general, inseparable de la desgracia y postración, busca, para no desfallecer en el más negro pesimismo, el consuelo que le prodiga la historia de los que honraron al país con méritos positivos y relevantes. Cuando todo en nuestro derredor parece que se desmorona; cuando presenciamos con sonrojo mezclado de estupor nuestro descenso contemporáneo en todos los órdenes de la vida nacional, ciencias, letras, artes, enseñanza, industria, comercio, marina, ejército, quizás también patriotismo, y hasta la indomable y tradicional altivez española se

deja reducida á pura leyenda; cuando, en fin, diríase que ya nada nos queda, y que nos asfixiamos en el vacío que á nuestro alrededor se hace, ¡ah! entonces, con qué manos convulsivas parece como que nos agarramos á una figura saliente, cuyos méritos positivos, cuyos talentos múltiples en artes que no son patrimonio de determinado pueblo, se nos antoja que desafían la fama cruel é inflexible diciendo: No, no tanto baldón, no tanto descrédito para este pobre país, que en el incesante rodar de la rueda de la fortuna desciende en nuestros días; porque si es, en efecto, bajo el nivel general, y las excepciones llegan en determinados momentos históricos á ser muy raras, no por ello han faltado nunca, tanto más salientes y notorias cuanto más aisladas.

Estas consoladoras palabras que de labios de nuestras grandes eminencias nos complacemos en creer que oímos cuando evocamos su memoria en momentos de desfallecimiento los que, amagados por el pesimismo, no queremos sin embargo abandonar aún toda esperanza de resurrección á vida nueva y próspera, estas consoladoras palabras, repito, tienen la doble virtud de calmar la ansiedad del pecho acongojado y de hacer fijar nuestra atención en los sanos y salutíferos ejemplos que nos dieron y que en tiempos como los presentes son para nosotros de un valor inestimable.

Entre estos astros refulgentes que en nuestro horizonte intelectual han brillado, hay, señores, que catalogar uno que, cual estrella vespertina primero y después matutina, arrojó sus destellos en el ocaso del pasado siglo y en los albores del presente, que agoniza: este astro es D. Francisco Salvá y Campillo, á quien conmemoramos esta noche. Estrella de multicolores luces, como es frecuente en los talentos privilegiados, se le puede considerar bajo distintos aspectos, y á mí sólo me incumbe presentároslo *como físico y como inventor*.

No es tal vez, en mi humilde opinión al menos, en el terreno de la Física ni en el campo de las invenciones en donde más brilló Salvá, que ante todo y sobre todo fué lumbrera de la Medicina. Y esto no obstante, sería difícil condensar, en el breve rato de que aquí dispongo, lo mucho que tendría que deciros de este hombre eminente, aun limitándome á aquellos dos aspectos de sus variadas aptitudes y de su fecunda vida. Ni es, por otra parte, necesario para hacer resaltar á un genio, analizar una por una sus producciones: basta elegir una que dé carácter en cada género, y presentarla como tipo.

Como fisico, Salvá llevó á cabo trabajos de importancia, según las noticias que he podido recoger en el «Diccionario biográfico y bibliográfico» de D. Antonio Elías de Molins, en la «Historia de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona», escrita como discurso inaugural del año académico de 1893 á 1894 por el Dr. D. José Balari, y en las «Memorias» de la misma Docta Corporación, de cuya Dirección de Electricidad fué por largos años Revisor el Doctor Salvá y Campillo.

Entre los trabajos que tanto honran á este insigne catalán, quiero mencionar ante todo, siquiera por la pacienzuda constancia que suponen, las observaciones meteorológicas que por espacio de 40 años consecutivos estuvo haciendo tres veces al día y que se publicaban en la 1.^a plana del *Diario de Barcelona*, hasta que, rendido por la edad y los achaques, ya en sus postrimerias casi, tuvo que cesar en 1827, un año antes de su fallecimiento, dejando publicadas algunas tablas de Observaciones meteorológicas.

De las Memorias leídas en la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona, en los últimos años del pasado siglo, me limito á nombrar las que siguen: Una muy interesante acerca de la Electricidad positiva y negativa; otra eminentemente práctica sobre la construcción de los instrumentos meteorológicos y en especial el barómetro; una tercera demostrando algunas de las causas físicas del hecho observado por aquel entonces de que los rayos herian con más frecuencia en Barcelona y sus contornos; y una curiosa disertación sobre la invención y usos del Electrífico.

Pero no puedo menos de detenerme un poco y hacer algunos comentarios sobre su eruditísima disertación acerca del galvanismo, en 19 de Febrero de 1800.

En este discurso trata de probar que, en oposición con las opiniones de Volta, Fontana, Spallanzani, Aldini, Valli, Corradori, Vassali y otros, que explicaban el galvanismo por la electricidad, sin concordar sin embargo por entero con Galvani, y de acuerdo con el barón de Humboldt, el galvanismo no depende del fluido eléctrico, sino de una causa particular, cuyas leyes, dice textualmente, son muy distintas de las que conocemos del fluido eléctrico.

Enunciado así, á secas, el tema de esta disertación, parece á primera vista que Salvá se propone sostener un error, puesto que más tarde quedó definitivamente probado que tanto el galvanismo como la electricidad estática (única forma de este agente á que entonces se daba el nombre de *electricidad*), no son sino manifestaciones de la energía eléctrica. No obstante, dando á las palabras el justo valor que tenían al hacer su aparición en la ciencia la electricidad

dinámica, el sabio catalán estaba perfectamente en lo firme; porque, en verdad, eran totalmente incompatibles con los efectos de tensión electrostática, únicos ofrecidos por lo que entonces se llamaba *fluido eléctrico*, los extraños y muy curiosos fenómenos á que daba origen el misterioso agente que denominaron *galvanismo* ó *fluido galvánico*.

Aunque Galvani y Volta, en su hermosa y célebre discusión, sostenían opiniones contrarias, concordaban, sin embargo, en basar sus respectivas hipótesis en las manifestaciones electrostáticas conocidas; y como las ranas debidamente preparadas y sometidas á la influencia de las máquinas eléctricas les aparecían como electros copios muy sensibles, no es extraño que uno y otro lograsen tener adeptos entre los hombres de ciencia, que seguían con atención los interesantes descubrimientos con que se inauguraba en los comienzos del siglo XIX una rama de la física que, al finar la centuria, había de deslumbrar al mundo con prodigios y maravillas en que ninguno se hubiera atrevido á soñar entonces.

Pero Salvá, como todos los hombres de genio, necesitaba palpar, digámoslo así, las cosas, antes de darles su asentimiento. Por eso no solo repitió con las ranas y los electrómetros los experimentos con que los dos contrincantes italianos apoyaban sus respectivas afirmaciones, sino que hallándolos, por lo visto, deficientes en algunos puntos, practicó otros varios con la perspicacia y la perseverancia de los verdaderos investigadores. Espíritu indomable, acostumbrado á buscar la verdad sin el menor prejuicio, negaba su asentimiento á las más brillantes teorías, si para sostenerla había necesidad de forzar un poco la interpretación de los hechos, que son, como ya hoy nadie discute, la piedra de toque de la verdad en ciencias físicas.

He ahí por qué desechó desde luego la teoría de Galvani, de seductora sencillez, puesto que, en último término, se reducía á comparar la rana con una botella de Leyden. Después de probar con cuatro experimentos muy adecuados que en los movimientos galvánicos obtenidos en las piernas de rana, existe algo muy distinto de las descargas que da la botella de Leyden, y afirmar con razón que estarían de más otros muchos que podría proponer, hace notar que, para sostener su explicación, tuvo Galvani que *suponer* aisladora la substancia externa del nervio y el cuero ó pellejo de la rana, á pesar de la humedad que se les advierte (son las propias palabras del autor) *y de los muchos experimentos con que se podría manifestar lo contrario de dichas suposiciones*.

La explicación de Volta, mucho más ingeniosa que la de Gal-

vani, y que, algo modificada, originó la teoría química de la pila, no resistía tampoco al concienzudo análisis de Salvá, que demostró con siete experimentos concluyentes la falsedad del supuesto desequilibrio eléctrico de los metales heterogéneos, en virtud del cual se verificaban las descargas excitadoras de los movimientos galvánicos. Como Galvani, Volta, para sostener su hipótesis sobre el contacto de los metales heterogéneos, se dejaba arrastrar de la fantasía, llegando á sentar afirmaciones que estaban en evidente pugna con los hechos.

Así, por ejemplo, Aldini provocaba movimientos galvánicos en una rana dejando caer un chorro de mercurio sobre sus nervios dorsales y teniendo aquélla sus músculos crurales sumergidos en el mismo metal líquido. A lo cual replicaba Volta que la homogeneidad del mercurio no era sino aparente, porque se oxidaba en parte en el momento de caer sobre el nervio, recurso tal vez ingenioso, pero enteramente gratuito y exento de realidad, como por lo demás probó Humboldt haciendo sumergir el músculo y el nervio en dos puntos de idénticas condiciones, tomados en la superficie del mercurio tranquilo y muy puro ó bien agitado con igualdad en toda su masa. Pues bien, Salvá probó lo mismo con varios experimentos hechos por medio de planchuelas, bien de zinc, de cobre ó de estaño y conductores de plata ó hierro.

No echemos ahora en cara á nuestro compatriota que se limitase á destruir sin crear. La refutación de una teoría errónea, aun cuando no vaya seguida de la creación de otra verdadera, constituye siempre en la ciencia un servicio de primer orden. Hubiera sido, por otra parte, absurdo pretender que á los cuatro días, digámoslo así, de revelarse las primeras manifestaciones galvánicas, apareciese un genio capaz de realizar, sin los previos datos analíticos, el asombroso trabajo sintético necesario para formular una explicación racional del nuevo orden de fenómenos. No olvidemos, señores, que, al despedirse de nosotros el que muchos quieren se denomine *siglo de la electricidad*, este siglo que tantos secretos ha arrancado á esa hada misteriosa, y que en sus postrimerías nos ofrece por doquiera tantas y tan inesperadas aplicaciones de ese agente universal, que el hombre ha puesto á su incondicional servicio y que le obedece con la más ciega sumisión, al despedirse de nosotros, repito, este siglo que con tan absoluto dominio maneja y esclaviza la Electricidad, nos deja, sin embargo, planteada en toda su crudeza la pregunta: ¿qué es la Electricidad?

Loor á Salvá, cuya clarividencia puso de manifiesto que no se compadecían las manifestaciones galvánicas con las eléctricas (elec-

trostáticas), y que era una quimera el pretender hacer derivar tan sencillamente aquéllas de éstas. Forzoso era esperar á que suministrase el análisis mucha mayor copia de datos experimentales, para aventurarse á formular alguna explicación plausible de lo que, por fin, se llamó *Electricidad dinámica*, rama de la ciencia de carácter tan desemejante del de la *Electricidad estática*, y tan rebelde para dejarse hermanar con ésta, que, habiendo nacido en los comienzos del siglo, sólo al declinar éste ha principiado á compenetrarse con ella, formando, por fin, dos ramas estrechamente entrelazadas de un mismo cuerpo de doctrina.

Si como físico destaca Salvá por lo atinado y sagaz de su experimentación y por lo irrefutable de su inflexible dialéctica, como inventor tiene rasgos geniales á que no se ha hecho la debida justicia, y por los cuales debería su nombre haberse colocado á muy grande altura.

Dejo á un lado su nueva máquina para agramar cáñamo y lino, así como su hornillo económico y portátil, invenciones ambas realizadas con ayuda de su amigo el Dr. D. Francisco Sanponts; no me detendré tampoco en sus importantes memorias sobre un barómetro portátil y un higrómetro más sencillo que el de Saussure, ni hablaré de sus trabajos para perfeccionar la preparación de las aguas sulfurosas artificiales, de que dió noticias en las *Memorias de Agricultura y Artes*; citaré asimismo de pasada su canal en seco, para transportar cuerpos pesados por medio de planos inclinados contiguos y opuestos entre sí, por cuya utilidad obtuvo privilegio exclusivo por 12 años en todo el reino; ni haré hincapié siquiera en su famoso proyecto de un barco pez para la navegación submarina, invento que comunicó en 1800 al Ministro de Estado, aunque no parece que lo llevase á feliz término, preocupado sobre todo por la dificultad de mantener en el interior el aire respirable, para lo cual hizo algunos experimentos ingeniosos.

Pero necesito imperiosamente llamar vuestra atención hacia un invento verdaderamente genial é inesperado en aquella época, invento de que dió minuciosa cuenta á la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona, y que por sí solo hubiera debido bastar para colocar el nombre de nuestro compatriota, tan modesto como sabio, por cima de los de no pocas eminencias extranjeras que, con menos motivo, han brillado mucho más. Me refiero á la invención del telégrafo eléctrico, que siempre será una de las maravillas del ingenio

humano, y cuya primera idea, bien desarrollada y seguida de sucesivos perfeccionamientos, parece probado que se debe á nuestro insigne Salvá. ¡Ah! ¿por qué el tiempo, con su rápido vuelo, me veda haceros un extracto de las tres luminosas memorias que acerca de tan peregrino hallazgo leyó el insigne inventor, con todas las comprobaciones experimentales apetecibles, ante la docta corporación científica?

En la imposibilidad de entrar en ningún género de detalles, me contentaré con apuntar su idea de establecer un telégrafo eléctrico entre Barcelona y Mataró, haciendo comunicar estas dos ciudades por medio de tantos alambres como letras se considerasen *indispensables* para darse á entender. Estos alambres deberían estar aislados con resina ó pez, reunidos en un haz y sostenidos con aisladores sobre los árboles, ó bien ser conducidos bajo tierra bien aislados y protegidos. Las señales habían de ser descargas de condensadores, transmitidas por los alambres correspondientes á las letras que se quisiesen designar.

He ahí, señores, de cuerpo entero, con esto solo, la idea fundamental del telégrafo eléctrico, idea fecundísima que, en el fondo, se reduce á aprovechar, para comunicarse á distancia, la transmisión rapidísima de la electricidad por los conductores filiformes. Con sólo apuntar la idea de Salvá se ve surgir como por encanto la inextricable red de alambres telegráficos, con sus postes y sus aisladores, que algunos, bastantes, años después, había de ir aprisionando en sus mallas el globo que habitamos.

Con gran ingenio da Salvá forma práctica á su pensamiento, sorteando con tino y con sagacidad las serias dificultades que necesariamente se le habían de ofrecer, dada la escasez de datos experimentales y el atraso de los conocimientos sobre electricidad que en aquella época se poseían, así como la insuficiencia de medios que para realizar sus concepciones ofrecían las artes:

De todo salió triunfante el inventor español; y en la *Gaceta de Madrid* del 25 de Noviembre de 1796, se lee lo siguiente: «EL PRÍNCIPE DE LA PAZ, SABIENDO QUE D. FRANCISCO SALVÁ HABÍA LEÍDO EN LA ACADEMIA DE CIENCIAS UNA MEMORIA SOBRE LA APLICACIÓN DE LA ELECTRICIDAD Á LA TELEGRAFÍA, PRESENTANDO AL MISMO TIEMPO UN TELÉGRAFO ELÉCTRICO DE SU INVENCION, QUISO EXAMINARLO, Y, ADMIRADO DE LA PRONTITUD Y FACILIDAD CON QUE FUNCIONABA, LO ENSEÑÓ AL REY Y Á LA CORTE, HACIÉNDOLO ÉL MISMO MANIOBRAR.»

Anticipándose asimismo Salvá á la idea de la telegrafía submarina, escribe las siguientes palabras á propósito de la comunicación con las islas, por ejemplo, la de Mallorca:

«NO ES IMPOSIBLE CONSTRUIR Ó VESTIR LAS CUERDAS (LOS HACES) DE LOS 22 ALAMBRES, DE MODO QUE QUEDEN IMPENETRABLES Á LA HUMEDAD DEL AGUA. DEJÁNDOLAS HUNDIR BIEN EN LA MAR, TIENEN YA CONSTRUÍDO SU LECHO...»

Hasta piensa en la utilización de la tierra (ó del mar) para cerrar el circuito, reduciendo á la mitad la línea, lo que expresa con las siguientes palabras: «EL AGUA DEL MAR SUPLIRÍA POR LA SEGUNDA (CUERDA)».

Cuatro años después, en 1800, cuando ya se habían divulgado algún tanto las primeras manifestaciones del galvanismo, acerca del cual hiciera Salvá, como habeis oído, muy detenidos estudios, presentó á la Academia de Ciencias un proyecto de telégrafo galvánico, leyendo una interesantísima memoria llena de razonamientos fundados en múltiples experiencias practicadas por él mismo con el fin de dejar bien sentada la posibilidad de que el galvanismo sirviese algún día para la comunicación telegráfica. Y algunos años después, en 1804, volvió á leer ante la misma corporación otra memoria sobre el mismo asunto, en la que, «CONOCIÉNDOSE YA LA PILA DE VOLTA, EXPONÍA EL MODO DE VALERSE DE ESTA PILA PARA LA FORMACIÓN DE BUENOS TELÉGRAFOS GALVÁNICOS, INSISTIENDO MÁS Y MÁS EN LA IDEA ÚTIL Y PRECIOSA DE HACER LA DEBIDA APLICACIÓN DEL GALVANISMO Á LA TELEGRAFÍA».

Tomo estas últimas palabras de una nota impresa en 1838, en la que el Académico D. Félix Janer sostenía ante la docta corporación, para nuestro compatriota Salvá, la prioridad de invención del telégrafo galvánico (entiéndase ya hoy telégrafo eléctrico), que los periódicos de la época consideraban como reciente descubrimiento de un sabio inglés.

No creo necesario molestar más tiempo vuestra atención para encomiar los altos merecimientos del Dr. Salvá y Campillo como físico y como inventor. La posteridad no ha sido justa con tan preclaro varón, que, dado el nivel de los conocimientos físicos en su tiempo y en su patria, hizo en su bien aprovechada vida una labor digna del mayor encomio. ¿Sabeis lo que de este español dijo, según he tenido el gusto de leer en una carta de nuestro malogrado escritor D. José Coroleu, una comisión inglesa venida á España para examinar sus memorias? Oído bien: «SI SALVÁ HUBIESE NACIDO EN LA GRAN BRETAÑA, SUS DESCUBRIMIENTOS SE HUBIERAN ESCULPIDO EN LETRAS DE ORO».

¿Quién puede conjeturar á lo que se elevaría la labor de tan

privilegiado talento si, siendo contemporáneo nuestro, se hubiese visto en posesión de los maravillosos progresos de nuestros días? Para mí no es dudoso que, si hoy viviera Salvá, su nombre resonaría en todo el mundo civilizado, entremezclado con los nombres de las primeras eminencias científicas del extranjero.

Y, para terminar, perdonadme que os diga, catalanes, y en particular barceloneses, que me estais escuchando, perdonadme que os recuerde, más bien, una deuda que teneis contraída con vuestro ilustre predecesor, deuda que ya antes que yo señaló el citado Sr. Coroleu en la hermosa carta á que he hecho referencia, dirigida al entonces presidente de la Real Academia de Ciencias y Artes de esta ciudad, D. Rafael Puig y Valls: la erección de una estatua á Salvá y Campillo en la plaza de la Universidad. ¡Cómo! ¡Habeis tolerado que entre vosotros se levante, al despuntar ya el siglo xx, un circo taurino, en que vuestros hijos han de presenciar con frecuencia un espectáculo embrutecedor, y no lograreis que se alce en vuestra hermosa ciudad la estatua del insigne Salvá, cuya contemplación serviría á este honrado y laborioso pueblo de perenne recuerdo de amor al progreso y al bien? ¡Quién sabe si del calor que esta brillante sesión necrológica presta á la memoria del grande hombre que es objeto de ella, brotará con nueva fuerza el casi olvidado y bello proyecto propuesto por Coroleu y acogido con entusiasmo por el Sr. Puig y Valls!

Sea de ello lo que quiera, yo, en nombre propio y en el de la Real Academia de Ciencias y Artes, con cuya representación me honro en este acto, felicito calurosamente á la de Medicina y Cirugía, por la feliz y oportunísima idea de terminar el siglo honrando la memoria de uno de los individuos que le dió más lustre, hace precisamente ahora una centuria.

HE DICHO.

Salvá y Campillo, Maestro de Clínica



DISCURSO

LEÍDO POR EL

Dr. D. BARTOLOMÉ ROBERT

CATEDRÁTICO DE CLÍNICA MÉDICA

DE LA

Facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona,

INDIVIDUO DE NÚMERO DE ESTA ACADEMIA, ETC.



Señores Académicos:



ACER revivir, como queremos que hoy reviva, un hombre que cerró para siempre sus ojos 70 años atrás y bien cumplidos, parece que no ha de ser muy ardua tarea si el muerto legó á la posteridad, como en el caso presente, las manifestaciones materiales de sus talentos y si el curioso bibliófilo hace la busca en archivos y bibliotecas de los frutos de su inteligencia. En prueba de ello, acabais de oír con fruición, como seguireis oyendo después de mí, la gallarda manera con que mis dignos colegas han cumplido el encargo que esta Academia les hizo. De tal suerte la obra de los hombres puede ser expresiva para las generaciones que les subsiguen, que al través de los años y de los siglos, aparecen á nuestra vista como si fuera ayer, enteros cual si todavía el corazón les latiera, y hasta, si cabe, agigantados por la ilusión de la distancia. Así, leyendo hoy las catilinarías de Cicerón, nos parece que aún deben resonar en Roma los acentos del orador famoso. Hojeando las páginas del Quijote, nos penetramos de la grandiosidad de la mente de Cervantes. Alzando la vista á la techumbre de la Capilla Sixtina, medimos los grados de fiebre creadora de aquel Miguel que con justicia se apellidaba Angel. El *Perseo* que ornamenta el Pórtico de Florencia, materializará siempre la concepción grandiosa de Benvenuto Cellini, y la *Rendición de Breda* y las *Hilanderas* pregonarán la potencia pictórica del gran Velázquez.....

Pero no todas las actividades del hombre puede exteriorizarlas la imprenta, ni pueden ser pintadas en lienzos y esculpidas en mármoles y bronces, porque dentro del complejo psiquismo humano se producen actos tan íntimamente ligados con la personalidad de cada uno, que solo un testigo ocular puede sentirlos y apreciarlos. Teniendo yo que evocar aquí el recuerdo de Francisco Salvá, no precisamente en el concepto de médico, de naturalista, de sabio ni de



ciudadano, sino en el de maestro, en el de profesor de clínica de nuestro antiguo Colegio, y al verme obligado á discurrir encerrándome en este círculo, no puedo menos de manifestar que mi misión no es muy llana. Porque ¿sabeis lo que significa ser profesor? ¿Por ventura podeis creer que lo mismo importa ser un sabio que un buen maestro; que tanto monta poseer cierto grado de capacidad y cierta dosis de cultura, como gozar del poder de exteriorizar los propios pensamientos para incrustarlos como con un buril en la mente del que escucha; que tanto da llevar en los pliegues del cerebro un determinado número de hechos, recuerdos y noticias, que, á fuerza de tiempo, se han ido allí almacenando, que poseer una fuerza de transmisión reveladora por cuya virtud se establece el mutuo contacto, la fusión íntima, la compenetración plena entre las irradiaciones intelectuales del que explica y la absorción que de ellas hace el que atento aprende? ¡Ah! no. Si falta la diafanidad de las ideas, si se carece de esa simplicidad en las formas, que se ha de traducir por una exposición clara y metódica de los conceptos; si no se poseen esas condiciones puramente externas, sí, pero que brotan armónicamente de las interioridades del mismo pensamiento y que consisten en el calor de la frase, en el fuego de la palabra, en el claro oscuro de la entonación y en todo aquello que, cual un imán, mantiene suspensa y subyugada la atención de los alumnos, yo os pregunto si no es necesario todo ó gran parte de esto para que la enseñanza encomendada al profesor sea provechosa, en fuerza de persuasiva y convincente. El maestro, en este concepto, ofrece tal personalidad, que solo se parece á sí mismo; y como las expresadas circunstancias son atributo inseparable del hombre, en tanto vive, únicamente pueden ser apreciadas y criticadas por sus convivientes. Sin embargo, desde ahora, gracias á los maravillosos adelantos de la física, el fonógrafo y el cinematógrafo podrán servir, á modo de trasunto vivo, para una más ó menos fiel representación de la palabra y hasta de la acción del profesor en cátedra.

Nada sé, de consiguiente, de esas condiciones externas que pudieron adornar á Salvá y hacerle apto con fruto para el profesorado, ya que como muriese en 1828, supongo que ninguno de sus alumnos hoy le sobrevive. Si yo al menos en ensueños hubiese podido presumir que un día habría de disertar en esta Real Academia sobre Salvá, como profesor de clínica, habría podido inspirarme en el relato que me hubiese hecho el octogenario D. Juan Foix, catedrático mío de Terapéutica, y que á su vez había sido discípulo de aquél. Por fortuna, Salvá y Campillo, á diferencia de muchos de los profesores que le han subseguido, no se llevó á la tumba todo el capital

de sus conocimientos, sino que los divulgó dándolos á la estampa ó conservándolos en manuscritos: de consiguiente, he podido yo leerlos, saborearlos é impregnarme de todo su valor; y esa documentación es bastante para formar concepto de aquel distinguido sabio, tanto bajo el punto de vista científico, en sus relaciones con la Enseñanza Clínica, como del pedagógico, únicos conceptos en que debo yo estudiarlo.

Desde luego las sienes de Salvá están orladas por una aureola inmarcesible, de la cual participa también en primer término nuestra Academia. Barcelona, hasta el primer año del siglo que ahora fenece, no logró poseer Clínicas dedicadas al estudio práctico de la Medicina interna, quedando en esto muy rezagada de lo que ocurría no sólo en las grandes naciones cultas, sino hasta en la misma España, ya que en Padua se daba oficialmente aquella enseñanza desde el siglo XVI, en Leyden utilizando los talentos de Le Boe y Boerhave, en el siglo XVII y en el XVIII, en Francia desde los tiempos de Baumes y Franquet, en Inglaterra desde Gregory y Cullen y en Madrid, antes que en Cataluña, desde Oberti. Pero nuestra Corporación en 1795, bajo la presidencia del Dr. D. Ignacio Montaner, hubo de dirigirse al Príncipe de la Paz, el valido, sino dueño de Carlos IV, permítaseme la irrespetuosidad, en demanda de la fundación en el Hospital de la Santa Cruz de una Clínica Médica; y D. Manuel de Godoy, sea por sugestión propia, sea por la mediación de los amigos que Salvá tenía en la Corte, ó porque juzgara que lo que se había decretado ya para Madrid había de ser también aplicable á la Capital del Principado, accedió á la petición. Tal vez no contaron nuestros académicos de entonces con las legendarias resistencias pasivas que para el cumplimiento de sus loables propósitos había de oponer la Administración de aquel benéfico Asilo; así es que, sólo después de una lucha incesante, de ataque de los unos y de defensa de los otros, como puede verlo el curioso lector en la copia de la documentación que he tenido á la vista, después de seis años de bregar, ó sea en 1801, pudo darse comienzo á la enseñanza teórico-práctica de la Medicina, siendo los Dres. D. Francisco Salvá y don Vicente Mitjavila los primeros profesores oficiales que la tuvieron encomendada; y aun tuvo que darse provisionalmente en el Real Hospicio, hasta que en 5 de Abril de 1802 se concedieron á tal proyecto las dos Salas del Santo Cristo en el Hospital de la Santa Cruz. Véase, pues, si con razón sobrada debe grabarse en letras de oro aquella fecha en los fastos de la Medicina Catalana y si nuestra Academia puede ostentar con gran orgullo, entre otros timbres, el de haber sido quien dió vigoroso impulso á la cultura de nuestro país,

ya que hasta entonces los naturales de nuestra tierra debían ir á Madrid para aprender la práctica de la Medicina en el Real Estudio erigido en la Corte á este fin.

El Discurso inaugural leído en la apertura del Real Estudio de Medicina-Clinica de Barcelona el 25 de Junio de 1801 por el Doctor Salvá y Campillo, así como los sucesivos, dan la muestra de las ideas científicas y pedagógicas del Profesor, como la dan también los «Pensamientos» del mismo sobre «El arreglo de la Enseñanza del Arte de curar». Al hojear tan sabrosas páginas, si bien por un lado ha de reconocerse el paso de gigante que han dado los conocimientos médicos en un lapso de cien años, por otro se destaca la personalidad de Salvá y Campillo en lo que respecta á la manera de comprender la enseñanza de la Medicina en su parte técnica y hasta administrativa, que podría figurar aún hoy entre los que predicamos con mayor ardor la necesidad de la autonomía universitaria y de la libertad del profesor.

No figuraba Salvá, ciertamente, en las filas de los que se empeñan en admitir una suerte de divorcio entre la concepción teórica y los hechos prácticos bien determinados, antes al contrario, y estas son sus palabras: «la teoría de nuestra profesión, no es más que la misma práctica reducida á preceptos»; como si con eso diera á entender que el gran método de enseñanza de las ciencias biológicas es el inductivo: observar y analizar para elevarse después, por medio de una operación inductiva, al señalamiento de leyes y de principios, y no en un orden inverso, como querían los antiguos escolásticos.

Empalmando con este criterio, que es fundamental, clama cien veces á favor de la enseñanza objetiva, y esto no solamente en la asignatura que él tenía encomendada, sino en todos los ramos de las instituciones médicas y hasta en el de las ciencias auxiliares aplicadas á la Medicina. Cuán distante estaba, pues, de los que, desconociendo la realidad, convierten la Cátedra en torneos retóricos y en generalizaciones abstractas, haciendo coro con ese afán divagador de la mayor parte de nuestros compatriotas. Bien se echa de ver, leyendo á Salvá, que los hombres cultos de nuestro país que vivieron en las últimas décadas del siglo xviii y en las primeras del nuestro, sentían muy de cerca la influencia del medio europeo y que, á pesar de tener muy arraigadas, como él las tenía, sus creencias y sus convicciones, no se mostraban refractarios al progreso científico. Sus relaciones personales con médicos franceses, alemanes é ingleses, ya que convertido todavía por entonces el latín en idioma universal para los efectos de la ciencia, se podía mantener

con mayor facilidad que hoy el comercio de las ideas sin la posesión de las lenguas vivas, todo esto fué causa de que el método Baconiano se le impusiera.

Sea porque su criterio pedagógico se impregnara del establecido más allá de nuestras fronteras, sea que Salvá, por condiciones étnicas, gustaba más de la realidad de las cosas que de las disquisiciones imaginativas, ello es que en sus consejos á los alumnos predicaba siempre la sobriedad, y él, por su parte, lejos de ser ampuloso, hacía gala de una extremada sencillez en sus escarceos clínicos. Entendía por el contrario que la perfección intelectual es progresiva; que se ha de hacer en la mente del escolar una verdadera evolución de lo simple á lo complejo; que no interesa tanto adquirir un número abrumador de conocimientos que agotan las fuerzas de la inteligencia, como la posesión de una corta cantidad de hechos ó de ideas, pero clara é intensamente incrustadas en el intelecto. Ya dijo Salvá, á este propósito, que «el arte de enseñar consistía en saber callar lo que no es absolutamente necesario decir», pero también añadía que son raros los maestros que saben obedecer este canon. En consonancia con esto, las historias clínicas redactadas por los alumnos ó por su propia mano, no constituyen un relato fatigoso, antes bien, son sobrias, sintéticas y de bastante precisión. Cierto que él de vez en cuando hacía cierto alarde de erudición, porque hombre de mucha lectura y suponiéndole yo de mucha memoria, le vendrían á los labios, sin advertirlo, las citas entresacadas de los autores que él más estimaba. Cierto también que en algunos pasajes se hacía un tanto difuso y hasta gramaticalmente poco correcto, lo cual permite abrigar la sospecha de que perorando aún lo resultaba más, ya que siempre es menos difícil escribir que hablar; pero de todos modos, estas apreciaciones mías pueden ser hijas de que el gusto literario de nuestra época es bastante distinto del que dominaba en su tiempo.

Su propia sencillez llevábale, y en esto dió muestras de gran discernimiento, á clamar contra la polifarmacia y los medicamentos secretos. No se cansaba de repetir que las fórmulas medicamentosas siempre han de ser simples, para apreciar así mejor el efecto fisiológico y terapéutico de los cuerpos recetados. ¡Cómo se le crisparían hoy los nervios al bueno de Salvá si resucitase y viese las monstruosas recetas de algunos galenos! Decía ya por aquel entonces, que la Terapéutica farmacológica estaba necesitada de un gran expurgo de substancias, unas inertes ú otras mal definidas, haciéndolo así en el Formulario que publicó, lo cual, al fin, significaba que la mezcla informe de plantas y drogas resultaba tal vez más un ade-

fesio que un peligro; pero hoy con el descubrimiento de los activos alcaloides y con la preparación de fármacos, que sin ensayo previo se lanzan al comercio y se recetan sin ton ni son, por manos inexpertas, la situación ha cambiado radicalmente; y cada día se corre más el riesgo por algunos de cometer cuando menos imprudencias temerarias, si no verdaderos delitos. ¡Qué falta haría de vez en cuando la revisión de los títulos para confirmar el permiso de ejercer!

No más que plácemes merecía también Salvá por la gran participación que concedía á sus alumnos en los ejercicios clínicos. En vez de atribuirles el simple papel de oyentes ó testigos, les ponía en acción para desarrollarles de esta suerte las facultades pensadoras. Él dirigía la labor, pero el alumno la realizaba; él corregía, él aconsejaba, él hacía el resumen del caso, impregnándolo de las reflexiones que le sugería su práctica, pero siempre consideraba al estudiante como una parte muy viva de él mismo. El método, por tanto, era irreprochable y las tendencias sanas.

Todavía alcanza mayor relieve la figura del maestro Salvá cuando se aprecian sus opiniones particulares respecto á la organización de la enseñanza médica. Cierto que no se atrevió aún á que cesara la dicotomía absurda establecida en los planes universitarios entre los estudios teóricos y prácticos de una misma asignatura, haciendo, por ejemplo, la fusión de las Patologías con sus respectivas Clínicas, pero presintió la reforma y hasta la realizó de hecho, como lo indica ya el nombre de Estudio teórico-práctico de Medicina y la manera como daba la enseñanza, explicando las enfermedades á medida que se iban presentando los enfermos en las clínicas; y al objeto de que el estudio patológico fuese lo más amplio posible, entendía que el profesor de Clínica había de tener la libertad de buscar en todas las enfermerías del Hospital aquellos pacientes que mejor sirviesen para la educación médica de los alumnos. De esta manera los cuadros morbosos tenían una representación viva y real y no eran como ahora una pura abstracción, á menos que el profesor cuide mucho en cátedra de que sus explicaciones se ajusten en un todo á lo que su observación personal haya podido enseñarle. De consiguiente, los intentos de Salvá marcaban en aquella fecha un notorio progreso, que no han sabido imitar siquiera, en nuestros días, los que han tenido á su cargo la dirección de la Instrucción pública en España.

Aún pretendió más. En aquella fecha permanecían reclusas en el Hospital de la Santa Cruz muchas jóvenes expósitas, sin una ocupación determinada, y á él se le ocurrió fundar para ellas en el mismo Asilo una Escuela práctica de Comadronas, como años después se hizo con gran éxito en Rusia; pero el asqueroso favoritismo

y la empleomanía, males añejos en nuestro país, dieron al traste con tan buenos propósitos.

Mostróse igualmente partidario de la libertad de los profesores sobre el modo de enseñar, y como, según sus textuales palabras, «estas ideas chocan con las que manifestaron por aquel entonces ciertos forjadores de *Ordenanzas literarias*, que pretendían mandar esclavos y no catedráticos ó hacerlos siervos de sus caprichos», se hizo propias las ideas de Chaptal, afirmando que el método de enseñanza ha de ser libre, porque cuando se quiere prever y ordenarlo todo con reglamentos, se sofocan las iniciativas del profesor.

«Pretender mandarlo todo, decía, es la más absurda de las vanidades, y querer reglamentarlo todo es la más funesta de las manías. En el difícil arte de cultivar las facultades humanas, hay muchos resortes en acción superiores á toda ley y á toda ordenanza, y precisamente por esto es que el arte de enseñar no siempre corre parejas con el saber, ni siempre son los más sabios los mejores maestros. El mayor inconveniente de los métodos uniformes y ordenancistas es el de esterilizar los esfuerzos del profesor.» Tomen nota de estas sesudas y viriles manifestaciones nuestros uniformistas con toda su escuela de leyes y de reglamentos y vean cómo en aquel tiempo en Cataluña, antes de la Era constitucional, había hombres que sostenían aquel criterio libre, sin el cual los progresos de la Medicina son un mito.

Como si Salvá se hubiese ya preocupado de las contingencias del porvenir, manifestó la opinión de que bastaban tres Facultades de Medicina para subvenir á todas las necesidades de España; y lo creyó así por que juzgaba mil veces preferible un corto número de Escuelas bien dotadas y con todos los elementos indispensables para la enseñanza, á una profusión que, cual sucede ahora, lleva en sí los gérmenes de consunción y muerte. Influyó, sin duda, grandemente en esa clarividencia de Salvá, la manera cómo él entendió que debían sostenerse las Escuelas para que vivieran una vida prestigiosa. Por aquella fecha, las angustias del Tesoro español eran ya muy grandes—lo propio que hoy, si no son más—y de consiguiente era pedir al Estado lo imposible en punto á la consignación de los fondos indispensables para sostener decorosamente una buena enseñanza; de ahí que nuestro biografiado pretendiera que en vez de las subvenciones de la Hacienda, siempre mezquinas, se procurase cada Facultad de Medicina recursos propios con los derechos de matrícula, colación de grados, expendición de títulos y hasta en la venta de libros, por parte de la misma Escuela, en manera alguna como negocio del profesor. Como se vé, entre el proyecto del médico catalán

de entonces y el que acariciamos los partidarios de la autonomía universitaria, tampoco media diferencia alguna fundamental, porque en definitiva él y nosotros perseguimos el mismo ideal de sustraer la existencia de los establecimientos docentes á la tutela del Estado. Y no se ocultaba á la perspicacia de aquel profesor, que si de aquella suerte, debiéndose alimentar las escuelas de fondos propios, solo podían sostenerse en España tres Facultades (que hoy, con el aumento de población, podrían ser cuatro), á más de que era aquél el mejor procedimiento para que no decayeran las energías del profesor. En efecto, como éste tendría que vivir del beneplácito y del apoyo que los alumnos le prestasen, debería ser el primer interesado en conservar toda suerte de prestigios. Así se establecería una saludable competencia entre unas y otras escuelas, que daría como resultado la atracción más cuantiosa de la población escolar. Ignoro si Salvá, al pretenderlo, obraba en virtud de un arraigado y propio convencimiento, ó si se hizo eco de lo que entonces sucedía en Francia, cuyos estudios médicos, según él mismo afirma, no venían sostenidos por el Gobierno; pero, sea lo que fuere, nosotros hemos de dirigir á nuestro compatriota un caluroso aplauso por ser partícipes de sus ideas, ya que entendemos que son siempre preferibles las iniciativas individuales y la fuerza de asociación á tener que vivir constantemente bajo el amparo del Estado. Además, como la verdadera autonomía de las Universidades no ha de ser puramente administrativa, sino que ha de trascender á la libertad científica, porque precisamente del choque de las ideas y de la oposición de encontradas tesis y no del uniformismo científico ó filosófico y de la reglamentación severa, ha de resultar el progreso de la ciencia, y esa libertad solo puede alcanzarse dentro de un régimen autonómico, de ahí la delectación con que me he ido enterando del amplio criterio que nuestro Salvá poseía; y cuenta, señores académicos, que el hombre á quien dedicamos esta sesión solemne no era un racionalista descreído, antes por el contrario, bien se echa de ver en algunos pasajes de sus obras, que para él la ley moral ó ética lo era todo.

Aunque no faltaría materia para ir diluyendo y ampliando más todavía las condiciones que reunió nuestro académico como maestro y como organizador de la Enseñanza, se me figura que basta á mi propósito el anterior apunte, tanto más cuanto aún os he de molestar algunos momentos con la crítica somera del profesor en su aspecto científico.

Nadie más que yo respeta la libertad del pensamiento y las ideas de cada uno cuando se profesan de buena fe y son hijas de una re-

flexión madura; pero entiendo que el maestro, sobre todo en esas ciencias que, como las biológicas, evolucionan sin cesar, debe estar dispuesto también á seguir los pasos de la evolución, no de una manera precipitada y loca atraído sólo por el afán de la novedad, sino con ánimo sosegado y después de una crítica severa.

De otra suerte, el carro del progreso quedaría atascado y las ideas se irían petrificando. Cuando la evolución es calmosa, el cambio apenas se hace sensible y no desatina un profesor que tarda muchos años en rectificar su criterio; al paso que cuando, como ahora ocurre, la corriente se hace vertiginosa, ¡ay del que, ciego y contumaz, pretende detenerla!

Sugiere esta reflexión somera el observar en Salvá, en algunas ocasiones, cierta falta de ductilidad de carácter y hasta cierta resistencia de adaptación al movimiento científico, de lo cual por fuerza había de resentirse el alumno, y en esto, no debe olvidarse que media una gran diferencia entre el médico práctico y hasta el médico sabio y el que se dedica á la enseñanza. Este no se pertenece á sí mismo, sino que se debe á sus alumnos, y estos tienen el derecho de que se les vaya instruyendo en la medida y forma que reclama el andar de los tiempos, para que también se produzca en ellos la evolución de su espíritu. El maestro en tal mira, aunque envejezca en años, debe mantener jóvenes sus ideas; de lo contrario, corre el riesgo de no cumplir su alta misión con el debido acierto, y nunca ha de olvidar que los escolares vienen á ser una cosa así como los hijos de la inteligencia del maestro.

Es indudable que Salvá era hombre de mente muy bien cultivada, y bien supo demostrarlo en diversos órdenes de conocimientos; es también positivo que no le eran extraños los grandes descubrimientos de Morgagni, ni las experimentaciones medicamentosas de Alibert y Carminati, y que en sus estudios nosológicos se dejó influir, hasta con exceso, por el sistema botánico, pero tal vez el excesivo culto á Boerhave y á Sauvages, grandes figuras ciertamente de la medicina, pero cuyas ideas iban sufriendo su natural transformación, y más que esto, el desvío hacia las disquisiciones filosóficas de Cabanis y Condillac, entonces muy en boga, fueron causa de que su espíritu científico no fuese tan progresivo como lo fué en punto á organización y métodos de enseñanza, dejando aparte su manifiesta hostilidad á la fusión de las Facultades de Medicina y de Cirugía, de cuyo enlace nació el actual médico-cirujano, hostilidad hasta un tanto agria y personal como la manifiestan sus frases sobre Perchel, Gimbernat y Virgili, fundadores de los Colegios de Cádiz, Madrid y Barcelona.